

# LA ABUELA

---

Que apagadita está la pobre kachucha Errandonea. En sus tiempos sin embargo, fué la más hacendosa, ágil y robusta de las mujeres; y además, la honradez misma. Durante muchos años todo el tráfico de Goiko-Erría pasó por sus manos. Guiando tres mulas de campanillas sonoras, atravesaba la motaña llena de pájaros en el estío y de nieve en el invierno.

El progreso mató la excelente pequeña industria que proporcionaba el medio de vivir sin privaciones, Goiko-Erría y Beeko-Erría quedaron unidos por el ferrocarril. Y entonces Kachucha, vieja ya, pero aún lozana, fuese á vivir á la deteriorada borda que había heredado de sus padres. Y nada más que por esto se volvió á un lugar desierto, salvaje, desde el cual se descubrían los rails que rodeaban á la montaña, turbada incesantemente por el silbato de la locomotora.

Kachucha tuvo tres hijos; una robusta aldeana, Madalén, casada con un cantero, y dos motilones, fuertes como los robles y buenos como el pan.

Perdióles cuando eran ya hombres maduros, y más tarde á Berñato el yerno, muerto por un corrimiento de tierras. ¡Oh, cómo silbaban las locomotoras!

Y ahora te toca á ti, pobre viejecita arrugada, temblona, torcida, emprender el largo viaje. El médico ha dicho: «¡cosa perdida!» Sofocaciones y dolores punzantes en la region del corazón le producen crisis terribles que le dejen toda su lucidez.

Pero «tirá esta noche»: lo ha afirmado el médico.

Nunca desgracia vino sola. He aquí que la pequeña Marichu, la ul-

tima niña de Madalén, está á punto de morirse. Terribles convulsiones nerviosas comprometen la vida de la tierna criaturilla.—Si consigue conciliar el sueño—dice el médico,—podremos abrigar un poquito de esperanza. Y la abuela oye esas palabras en las que luce un ténue rayo de sol.

Como «ha de tirar esta noches, las bordaris vecinos se han ido á sus casas, Suenan las doce; dilubia y el viento ladra en los bosques. Madalén duerme en su silla, con el sueño puramente animal de la aldeana rendida por el trabajo. Su mano derecha se posa sobre la cuna de Marichu, y sus pies descalzos, derechos sobre los redondos talones, presentan á las llamas del hogar las frías y callosas plantas. La pobre vieja, inmóvil sobre la almohada, yace sumida en un amodorramiento precursor de la muerte. A lo lejos silba la locomotora.

La suprerma crisis estalla súbitamente. El corazón de la abuela se desgarrá; falta el aire á sus pulmones. Entre las arrugas de su cara acorchada que se azulea, dos ojillos se agitan cómo los brazos de un muñeco movidos por un niño travieso. El dolor es lancinante, insoportable, cruel. La abuela va á lanzar su gemido, su grito de angustia... pero al ver á Marichu dormida, se mete las manos en la boca y espira mordiéndose los dedos, silenciosamente...

ARTURO CAMPIÓN.

